

LOS DE A CABALLO

Miquel IZARD
Universidad de Barcelona

Tengo callos en las manos
en las rodillas no tengo
y a mí no me compra nadie
porque a nadie me le vendo.

Julio César SANCHEZ OLIVO *

PASADO Y CREACION EN AMERICA LATINA

Desde hace años, tantos como me intereso por el ámbito latinoamericano, cada vez me maravilla más el impresionante divorcio entre realidad y producción académica: osaría decir que un porcentaje muy considerable de las publicaciones presentadas como históricas no tienen absolutamente nada que ver con lo ocurrido. Podría mencionar, pongo por caso, la mayoría de ensayos latinoamericanos sobre el período de la independencia o buena parte de la obra de los americanistas metropolitanos, en este segundo caso el abismo crece a medida que se acerca el 92. Con una perseverancia digna de mejor causa siguen defendiendo la invasión y la conquista valiéndose para ello de los mismos panfletos que se perpetraron, precisamente, para escamotear el genocidio y el sadismo del laboratorio en que los occidentales convirtieron las Indias.

También me maravilla, al contrario, el realismo y la sutileza de muchas obras de creación; ni presentándose como ensayos descriptivos ni pretendiendo, en absoluto, serlo, dan cantidad considerable de información sobre el nuevo continente, o son capaces de, con unas cuantas pinceladas, proyectar una rápida imagen de una realidad y un mundo, mágicos, difíciles de captar.

Sería sumamente largo extenderse sobre la cuestión y no soy en absoluto persona indicada, por lo que las referencias serán escasas; pero desearía mencionar algunas concretas. En primer lugar las pocas que nos han llegado de la producción aborigen; cuentos, leyendas o canciones que son, por añadidura, de una gran belleza. El Popol Vuh ha sido repetidamente considerado pieza importante de la literatura universal.

* Este artículo quisiera ser homenaje a la memoria del malogrado Julio César Sánchez Olivo, poeta y maestro llanero, del Cajón del Arauca, persona de una pieza de quien tanto aprendí en nuestros encuentros en Zaraza, San Juan de los Morros o San Fernando de Apure.

Ya hace muchos años Miguel León Portilla recopiló relatos de los invadidos en una archiconocida antología que tituló *El reverso de la Conquista*¹.

A caballo entre las dos épicas figura la *Nueva crónica y buen gobierno* de Felipe Guamán de Ayala, de la que se han utilizado quizás más los grabados que el propio texto.

Vendrían a continuación algunas, muy pocas, de las crónicas de los conquistadores, como, y sólo quizás, las de Cabeza de Vaca y alguno de los tratados escritos por los misioneros, fray Bernardino de Sahagún, Bartolomé de las Casas y no gran cosa más; o, de otro ámbito, el *Lazarillo de ciegos caminantes*.

Ya de finales del período llamado colonial deberían mencionarse los diarios de buena parte de los viajeros que, siguiendo una moda ilustrada, recorrieron los continentes exóticos y dejaron memoria de ello. El polifacético Humboldt está en la mente de todos.

Dando un salto mortal en el tiempo brincaré hasta nuestro siglo. Quisiera insistir para dejarlo claro: no tengo a *Cien años de soledad* por una historia de Colombia, pero después de su lectura, junto con las demás creaciones de García Márquez, uno está mucho más capacitado para captar la realidad de aquel país y para entender las claves de su pasado, lo que jamás ocurrirá tras leer tanto mamotreto indigesto, pongo por caso, la farragosa historia extensa de la academia de la historia (por cierto, en Colombia hay algo así como 23)².

Debería elaborarse un largo listado, y repito que ni puedo ni debo hacerlo, pero algunos ejemplos espero que clarifiquen mi parecer.

El siglo de las luces de Alejo Carpentier es un magnífico retablo del ámbito caribeño a finales del siglo XVIII; *Huasipungo*, de Jorge Icaza, permite calibrar, con toda su crudeza, la situación de los aborígenes en el Ecuador de principios de esta centuria; *La guerra del fin del mundo*, de Vargas Llosa, es una pormenorizada descripción de la desesperación de los barridos y marginados por el liberalismo; *La vorágine*, de José Estasio Rivera, deja entender el funcionamiento de las economías atroces, en este caso la del caucho; *Hijo del hombre*, de Roa Bastos, y otras producciones suyas facilitan el acercamiento al pasado del Paraguay³; y las novelas de José León Tapia, sobre el que volveré más adelante, son piezas claves e imprescindibles para entender el funcionamiento de la compleja sociedad llanera.

En los párrafos anteriores sólo he mencionado escritores y el abanico es, por supuesto, mucho mayor si incluimos creadores de otros ámbitos. La revolución mexicana, tan simple y tan compleja a la vez, no se entiende en la mayoría de

1. Subtitulada *Relaciones aztecas, mayas e incas, México*, 1964, Joaquín Mortiz, 194. Autor de muchas obras más quisiera destacar aquí *Visión de los vencidos* (Madrid, 1988, Historia 16, 134) y *Culturas en peligro*, México, 1976, Alianza Editorial Mexicana, 230.

2. Por supuesto Colombia tiene también excelentes historiadores. Mencionar algún nombre es arriesgado, por los olvidos, pero no quiero continuar sin citar expresamente Germán Colmenares y Jorge Orlando Melo.

3. Me atrevo a opinar al respecto. Osaría decir que Roa Bastos no ha sido capaz de comprender el período y el personaje de Gaspar Rodríguez de Francia en *Yo el Supremo*, puesto que ha aceptado, sin cuestionarlo, el discurso liberal que debía denigrar de alguien tan opuesto al egoísmo y el individualismo capitalistas.

los libros de historiadores, pero queda nitidamente narrada en *Viva Zapata*, la película de Kazan o en una injustamente olvidada de Carlos Saura, *Antonieta*. La *Cantata de Santa María de Iquique* cuenta, deleitando, los sucesos impresionantes y espeluznantes ocurridos en el Norte Grande, las minas del salitre, a principios de nuestro siglo, que no mencionan, o apenas lo hacen, las obras de historiadores, mientras también se hace comprensible gracias a otra película, *Las actas de Marusia* de Miguel Littin. El listado debería incluir también cientos de poetas —en un continente tan lírico— y tampoco pueden olvidarse las canciones, desde tantos cantautores de protesta contemporáneos (¿sería Ataulpa Yupanqui el decano?) que han denunciado lo que los académicos callan, rebosando sabia prudencia, hasta miles de tonadas populares, muchas mucho más que centenarias, recogidas por folkloristas, que nos informan sobre la moral y las costumbres, los juegos y las actividades, las creencias y las luchas.

A otro nivel quiero mencionar a los pintores, los murales de Diego Rivera son bien informativos, todo lo contrario que la pintura histórica venezolana.

SOBRE LAS SOCIEDADES CIMARRONAS

En interacción con lo que se estaba tramando en América, los occidentales forjaban, en la misma Europa, ahora definitivamente, la sociedad excedentaria, y en esto Inglaterra fue pionera. Miles de personas de las Islas fueron marginadas por resultar incompatibles irrecuperables con la Buena Nueva y calificados de prostitutas, ladrones o cualquiera de las lindezas que el sistema endilga a los que devienen involuntariamente forajidos, fueron desterrados a las costas atlánticas de la América Septentrional; allí se diluyeron, entre aborígenes o no, sin que sepamos gran cosa más de ellos. Bastaría recordar *Moll Flanders* de Defoe.

Miles de perseguidos por sus creencias religiosas organizaron sociedades más o menos utópicas, inspirándose en Tomás Moro e intentando reconstruir el ámbito bíblico; sociedades que fueron a la vez clericales, dogmáticas, intolerantes, fanáticas y austeras. Sus descendientes, con el tiempo, acabarían deviniendo paradigma de la cultura que sus progenitores decían desechar. Esta segunda quizá podría tenerse por oposición religiosa.

En las Indias, los experimentos que las convirtieron en un enorme laboratorio, condujeron a un impresionante rechazo y a huidas masivas. Angel G. Quintero Rivera ha descubierto y estudiado la cimarronería puertorriqueña, que él tiene por oposición en retraimiento, o no activa, debido en parte a la escasa trascendencia de las plantaciones frente al peso aplastante del bastión militar de San Juan. Para Quintero, «Los militares de la plaza fuerte no veían ese mundo rural como una amenaza, sino como un mundo de primitivos indolentes, los cimarrones no sentían la necesidad de organizarse y su naturaleza anti-urbana desestimulaba la formación de palenques. Este tipo de contra-plantación se caracterizaba por la existencia de viviendas aisladas de núcleos familiares, con una producción básicamente de subsistencia. [...] A pesar de su primitiva rebeldía, al no aceptar vivir bajo la dominación del Estado, el mundo cimarrón de nuestros primeros jbaros era extremadamente vulnerable y contradictorio. Su desafío era de huida, no de ataque. [...] Por ello, cuando a finales del siglo XVIII y principios del XIX España intentó en Puerto Rico una política dirigida a la transformación mercantil [...] el

mundo cimarrón se encontró incapacitado para articular una oposición que no fuera en los propios términos individualistas de la cimarronería»⁴.

Según Quintero (recurre con frecuencia a las obras de creación), se refugiaron en esta cimarronera cantidad de judíos y moriscos y, en países o períodos con considerables plantaciones, la cimarronería era una notable amenaza por la atracción que suponía para los esclavizados.

Vendría a continuación lo que Quintero califica de oposición activa, organizada en cimarroneras sobre territorios más o menos extensos, de algunas de las cuales no ha quedado ni el recuerdo. Algo sabemos de las del centro y oeste de la América septentrional y bien poco de los que se retiraron a una región vecina y prolongación de la anterior, al norte del actual México; fueron los antepasados de los *bandidos* —ni siquiera tienen nombre propio— que escogieron a Pancho Villa como representante e irrumpieron espectacularmente en la historia en 1910. Entre los araucanos o en la Pampa se refugiaron los que huyeron a las zonas más australes y yo, personalmente, me he interesado por los que huían de las sociedades excedentarias organizadas a partir de Caracas y Bogotá.

Pero hubo muchas cimarroneras más y a cada rato se encuentran nuevas referencias, de las que surgieron en el inmenso Brasil y sobre los cangaceiros o, fuera de América, de las australianas, a cuyos miembros se llamó *bushrangers*⁵.

Todos estos escurridizos forjaron en América culturas nuevas, tan nuevas como otra cualquiera; abiertas, se renovaban constantemente al asimilar aportes de quienes se arrochelaban en nuevas huidas, que se sincretizaban sin mayor problema dado que nadie defendía ortodoxia alguna; resistentes, sus miembros tenían en común el rechazo al laboratorio; y alternativas, puesto que a partir de experiencias bien distintas, y resultado de adaptarse a medios peculiares, reinventaban sociedades autosuficientes que sus miembros sabían antagónicas a la violenta que forjaban los occidentales.

Como entre los miembros de las sociedades cimarronas no existían graves discrepancias u oposiciones sociales, la mezcla étnica y cultural fue total: no hubo grupos marginados; lo que se traduce, en algunos casos todavía ahora, en la sorprendente y atípica homogeneidad racial y de costumbres. Así, no queda el menor rastro individualizado de los miles de negros que se refugiaron en el Llano a lo largo de más de cuatrocientos años.

Nunca sabremos, ni pienso que tenga trascendencia, cuántas personas integraron estas sociedades cimarronas; pero creo que sería posible, y quién sabe si conveniente, una tarea de recuperación, averiguar su funcionamiento. Porque tuvieron suficiente importancia —en su oposición activa— como para entorpecer y retardar los proyectos de las oligarquías que querían y debían neutralizarlos; así la organización de estados-naciones-mercados propugnados por los notables de Buenos Aires o Caracas siguió unos determinados derroteros debido, en parte, al rechazo de gauchos o llaneros. Porque si prosigue el desconocimiento sobre su

4 «La cimarronería como herencia y utopía», en *David y Goliath*, Buenos Aires, Clacso, 48 (noviembre 1985), 37-51. La cita en 40-41.

5. Puedo mencionar, pongo por caso, dos estudios recientes sobre cimarroneras colombianas, Francisco U. Zuluaga, R., «Clientelismo y guerrillas en el Valle del Patís, 1536-1811», en Germán Colmenares *et alii.*, *La independencia. Ensayos de historia social*, Bogotá, 1986, Instituto Colombiano de Cultura, 111-136 y Nina S. de Friedemann, *Ma Ngombe. Guerreros y ganaderos en Palenque*, Bogotá, 1987, Carlos Valencia Eds., 138.

oposición seguirá siendo incomprensible la llamada independencia de comienzos del siglo XIX.

Porque eran sociedades alternativas a la excedentaria o capitalista y precisamente por ello fueron aniquiladas y escamoteadas pues suponían refugio, inspiración o modelo para los refractarios internos. Cada vez que la oligarquía intentaba profundizar y estabilizar su proyecto crecía el número de forajidos a la vez que los cimarrones se organizaban y defendían atacando, lo que comportaba la paralización, una vez más, del ensayo.

Muchas de estas sociedades cimarronas activas no habrían podido serlo, no habrían podido defenderse durante centurias del acoso oligárquico, sin disponer de caballos que les daban una gran movilidad y les hacían bien poco vulnerables. Mientras en el mundo que invadió América sólo cabalgaban señores y represores, en las Indias las bestias fueron esencialmente montura para, precisamente, los más decididos refractarios al sistema. De los sioux a los gauchos.

EL CASO DEL LLANO

1. El pasado escamoteado

No son raras las historias de Venezuela en las que —a pesar de su trascendencia en el pasado— los llaneros no figuren, tampoco los negros, las mujeres o los niños. Más meritorio es todavía un estudio concreto sobre el Llano en el que no figuren los centauros.

Novelas de Rómulo Gallegos, Arturo Uslar Pietri, José León Tapia o Alberto Vázquez-Figueroa están ambientadas en el Llano; la exposición de fotografías de Christian Belpaire ha recorrido buena parte de Europa; se han producido varios programas televisivos, como mínimo se han leído tres tesis en la Sorbonne sobre léxico o cultura llanera; en agosto de 1988 se celebró en Villavicencio (Colombia) un Simposio internacional sobre la historia de los llanos colombo-venezolanos. Los habitantes de esta región natural, tan grande como España, han llamado suficientemente la atención de creadores e investigadores como para que nadie pueda ignorarlos si escribe sobre la temática.

A mi juicio los oficinantes de la Historia Oficial o funcionarios del olvido, se dedican al escamoteo o al enmascaramiento; a camuflar de tal manera el pasado que resulte incomprensible o a mutilarlo sustrayendo grupos o acontecimientos. Demasiada historia protagonizada por poderosos varones adultos occidentales, mientras mujeres, explotados, niños, viejos o gentes de color no figuran en el reparto. *El Orinoco y los llanos* es un excelente caso de lo que acabo de decir⁶. Si bien dedica un 37 por ciento del libro, precisamente, a «El hombre en los llanos», si no desconoce, pues lo menciona, que el Llano «fue una pieza importante en la lucha independentista [...] por [...] la capacidad bélica de los llaneros» (107), apenas hay más referencias a ellos y a su participación en el pasado. Por el contrario, queda nítidamente claro qué intereses defiende el autor: sólo podían *medrar* en el Llano los propietarios (98); la organización de la vida tradicional

6. J. M. Rubio Recio, *El Orinoco y los llanos*, Madrid, 1988, Anaya, Biblioteca Iberoamericana, 9, 127.

llanera *frena* (101), no se especifica qué; si bien lo aclara ocho páginas más adelante al mencionar los eslabones que han convertido la región en «espacio *marginal*»: por encima de todo, población de *débil* densidad y de «la más *baja* escala social». Obviamente, quien con tanta seguridad osa diagnosticar, conoce perfectamente la terapéutica (109).

Este aplodo conduce, era de maliciar, a juicios de valor que afectan sólo a peones de hato, de quienes menciona «agotadoras jornadas de trabajo» y «pocas diversiones» (103). Extremo, éste, que al parecer le obsesiona: piensa que su «descanso, *discutible*, no se diferencia mucho del *aburrimiento*» (113); y en el mismo pie de fotografía afirma que sus hogares no son «precisamente *confortables*». Atreverse a comparar de tal forma —con parámetros occidentales, por supuesto— conlleva tener por «pobre» al llanero «primitivo», mencionar una vida del peón «muy dura» o a gentes «que no *poseían* más que su caballo» (107). Con esta perspectiva era impensable que el autor tomara en cuenta el intercambio de dones intangibles o sus formas de ocio.

Hay además notorias falsedades. Los vacunos del Llano no proceden, al principio, de puntas de ganado introducidas por la oligarquía (98), sino de los orejanos que fueron escapando de los invasores desde 1498. No es verdad que la carne sólo pudiera consumirse *in situ* (101), fue comercializada a grandes distancias, que los animales recorrían por su propio pie, especialmente hasta los Andes y la costa norte; y desde ésta eran embarcados a las Antillas. Me parece esperpéntico llamar «verdaderos machos» a quienes montan descalzos en una sociedad en la que no hay marginación sexista y en la que todos los jinetes cabalgaban así (106).

Por añadidura el autor no menciona, ni indirectamente, la sociedad cimarrona que forjaron los miles y miles de gentes que huían del norte y que en el Llano, no sólo ganaron y recuperaron la libertad, además crearon, lo acabo de mencionar, una cultura alternativa a la capitalista, razón por la cual sus peculiaridades, abastecimiento o moral, son incomprensibles para Rubio Recio.

2. El pasado camuflado

Hace un par de años la Academia de la Historia publicó la tesis de Adelina C. Rodríguez Mirabal defendida poco antes; trabajo de recopilación notable pero planteamiento que tendría por desconcertante⁷.

De entrada —y aparcando la pendeja modestia— tiene bastante mérito escribir una tesis sobre el Llano sin mencionarme⁸. Por supuesto mis hipótesis, pareceres o informaciones son cuestionables —y deseo que lo sean— pero no tenerlas en cuenta me parece sorprendente.

En primer lugar hay afirmaciones de carácter general que me malicio le dificultarán el acercamiento a cualquier cultura diferente de la suya. Lamentar que el llanero «adolezca de las más elementales normas de aprendizaje: la lectura y la escritura» (84) implica negar la posibilidad de transmitir conocimientos y ex-

7. *La formación del latifundio ganadero en los Llanos de Apure: 1750-1800*, Caracas, 1987, ANH, 375.

8. Curioso olvido que ya tuvo en 1986 Manuel Lucena, *Vísperas de la independencia americana: Caracas*, Madrid, Alhambra, 389.

perencias a la inmensa mayoría de las sociedades humanas. Páginas más adelante asegura que «el llanero es psicológicamente un ser supersticioso» (92), peculiaridad que se endilga a los miembros de cualquier cultura, desde la óptica del otro, que, por descontado, nunca se autoatribuirá esta característica⁹.

Teniendo en cuenta que los llaneros son protagonistas de su investigación se agradecería los definiera nítidamente, y aquí enfrentamos la primera confusión. Inicialmente, mencionando su procedencia, dice que eran gentes de todas las etnias fugitivos del norte (81), para quienes «el llano se había convertido en la vía expédita de libertad» (102); pero de inmediato cambia de tercio, no eran forajidos pues toda la vida del llanero «gira en torno del hato» o es «peón por excelencia en los hatos» (83), debido no sólo a la necesidad de pagar sus deudas sino también «en virtud del hostigamiento a que eran sometidos por las cuadrillas y campos volantes al servicio de los grandes criadores quienes vigilaban el *orden* en la sabana» (84). Parecer rematado en la página siguiente, «el llanero constituye por su carácter una población eminentemente móvil, la actividad pecuaria así lo exige, va y viene tras el ganado de acuerdo a las condiciones del clima». En esta misma página aparece un nuevo elemento de confusión, introduce una variante machista jamás documentada pero que se oye con cierta frecuencia fuera del Llano, los peones eran «en la mayor parte de los casos hijos suyos [del propietario del hato] con sus dependientes negras o indias, pero siempre peones» (85).

Hacia finales del libro parecería regresar a la primera variante, menciona el crecimiento de «esa población volante, desarraigada de la tierra y sin medios de subsistencia que deambulaban por el llano» (249), lo que habría provocado la cohesión de los propietarios quizás porque esos desarraigados estuviesen vinculados con el abigeo, sobre lo que volveré de inmediato.

Pienso que esta primera vacilación es en parte la causante de que la autora enjuicie de una manera determinada las peculiaridades de los habitantes de las sabanas. Así, dice que «discurriría la mayor parte de su vida luchando contra los elementos, las fieras y las demás faenas propias de la actividad pecuaria» (82). Torrealba, a quien reseño en el próximo apartado, evidencia que los llaneros, como los miembros de cualquier sociedad autosuficiente, dedicaban la mayor parte de su tiempo a un complejo ocio que nosotros veíamos como juego; su mundo era lúdico, sensual y muy gratificante. Por supuesto, vivir en plena naturaleza comportaba enfrentar situaciones que a los urbanos nos parecen ciclópeas, pero que los llaneros jamás calificarían de lucha; superar los obstáculos del medio era algo muy parecido a lo que en nuestra sociedad se llama deporte.

En la página siguiente niega al llanero —sin especificar a cuál de los tres, huidizo, peón o desarraigado— similitudes con gauchos y beduinos mediante un sorprendente discurso, «la afinidad de los hábitos no basta para estrechar una comparación que sólo en el plano teórico puede ser sustentada, pero en la prác-

9. Mariano Herrera ha expuesto con nitidez el funcionamiento del aprendizaje entre los llaneros, «La sabiduría y la cultura popular: reflexiones acerca de una educación alternativa. El caso de los Llanos», en *Tierra Firme*, Caracas, 14 (abril-junio 1986), 287-296. Al profesor Herrera también le debemos un excelente resumen sobre la cultura llanera, precedida de una estimulante disquisición sobre lo que entiende por cultura, «Reflexiones acerca de un grupo cultural popular: los llaneros de Venezuela», en *Boletín Americanista*, Barcelona, 35 (1985), 67-90

tica el llanero venezolano emerge como un hombre de la sabana que en mimetismo asombroso amolda sus hábitos de vida, tradición y costumbres a las condiciones de un medio que le ha sido por naturaleza hostil, pero que representa la esencia misma de toda su existencia, el llanero es al llano como la copla al llanero y entre los tres se conforma un rasgo fundamental en virtud del cual hablar del llano es hablar del llanero y de la copla errante» (83).

Una segunda confusión se presenta al tipificar la ganadería y lo que nuestra autora tiene por abigeo. Diría que sólo existen dos interpretaciones sobre el origen del vacuno del Llano, lo introdujeron los ganaderos para poblar las sabanas, es por supuesto la versión de los que se autoproclaman, y es abuso, propietarios o, segunda interpretación, es descendiente de ganado mayoritariamente orejano que huyendo de la zona controlada por los invasores se refugió en el sur, deviniendo libre y proliferando¹⁰.

Rodríguez acepta reiteradamente la primera versión valiéndose de una frase literal inventada por los interesados, así «a partir de la Villa de San Jaime un nutrido grupo de criadores de ganado *entró con sus rebaños* a fundar sitios de hato en los llanos de Apure» (179). La expresión «criadores con sus rebaños», o similares, se repite dos veces en la página 193, aparece en 200 y 208, de nuevo dos veces en 231 y de nuevo en 244.

Pero en estas mismas páginas menciona también la segunda interpretación, así «la fundación de un sitio de hatos [sic] implicaba levantar un corral y asegurar el arrebañamiento de ganado cimarrón, situación ésta que se lograba a través de la «caza de cimarrones»» (201), lo repite en la página 228 (pero en nota se habla de «entrada con sus rebaños»), 261, 266 indirectamente y 279.

La disquisición no es vanal. Si el ganado era propiedad de los ganaderos, porque lo habían llevado al Llano, eran cuatreros quienes lo cazaban sin ser dueños de hato; pero si la inmensa mayoría del ganado era orejano, el mismo derecho tenían a cazarlo cimarrones y oligarcas que, con su prepotencia, habían podido componer pedazos de sabana.

Nuestra autora tampoco consigue dilucidar esta cuestión. Ya su primera mención es poco clara, refiriéndose al «natural sentido de libertad» del llanero, dice que se manifestaba «contra el pago de tributos [?], en las rochelas y en el incremento del abigeato como medio de subsistencia ante el control ejercido por los criadores sobre el ganado» y en la misma página especifica taxativamente, «la problemática de la subsistencia en los días del año en que no hay rodeos o vaquería, explica el auge del *abigeato* como mecanismo de asegurar el sustento del peón de escasos recursos y su familia» (86). Criterio que repite, de inmediato, en apartado titulado precisamente «El abigeato». «Las condiciones reales de exis-

10. Sobre esta segunda interpretación existe una cantidad impresionante de información archivística en los papeles del Concejo caraqueño del siglo XVII, buena parte publicados Estoy escribiendo, gracias a los mismos, «Pensando en el sur. Caracas y el Llano, siglo XVII». Pueden consultarse asimismo, una excelente aportación de Adolfo Rodríguez, «Implicaciones ideológicas del origen de la ganadería en los Llanos colombo-venezolanos», en *Los Llanos: una historia sin fronteras*, Primer Simposio de Historia de los Llanos Colombo-Venezolanos, Bogotá, 1988, Academia de Historia del Meta, 173-183. Y, también, un buen estado de la cuestión en la ponencia de Nelson Montiel, «Los llaneros. Cimarrones al margen del orden colonial», presentada al VII Coloquio de Historia Regional, Maracaibo, 18-21, octubre, 1988.

tencia (condiciones materiales) del llanero venezolano, lo conducen al abigeato como vía para asegurar la subsistencia, el auge del abigeato, desjarretaderas del ganado y el incremento de las “gavillas de bandoleros” que deambulaban por el llano, llevan a tomar medidas drásticas contra los *bandoleros*, *cuatreros*, *vagos* y *malentretidos*, unificando el criterio para toda la población del llano que viajaba escotera en la sabana» (86-87 subrayados de la autora).

Parecía pues que, para Adelina Rodríguez, los propietarios lo eran indiscutiblemente, mientras que los llaneros devenían cuatreros movidos por la necesidad; concepto sorprendente dicho por una llanera que no puede desconocer, en especial para el siglo XVIII, como la relación gente/fauna comestible, muy variada, era desmesuradamente favorable para cualquier baquiano que, al contrario, habría enfrentado dificultades insalvables si hubiese querido morir de hambre entre cientos de miles de chigüires, venados, iguanas, morrocoys, cachicamos y millones de aves.

Pero su interpretación varía ligeramente dos páginas después; una «masa incontrolable de llaneros» no sólo se apoderaría de ganado para subsistir, lo haría también «como expresión de una contradicción respecto a los dueños de los medios de producción».

Continuando con la óptica oligárquica afirma que el juez de llano, «debía hacer cumplir las disposiciones necesarias para establecer el orden en la sabana y, sobre todo, debían resguardar a los criadores del daño ocasionado por la población “escotera”, sin “guía” ni “oficio” que actuaba en la periferia de los hatos principales y asolaba constantemente los rebaños» (253). Y tres páginas más adelante porfía, las Ordenanzas de los Llanos de 1794 se promulgaron «con una finalidad específica; frenar el crecimiento desmesurado alcanzado por el robo de reses»; y todavía dos páginas después dice que un «selecto» grupo de hacendados ganaderos se presentó ante las autoridades exigiendo se acabara con «irregularidades cometidas por un creciente número de población volante (esclavos fugitivos de sus amos, morenos libres arrojados, blancos sin tierra, etc.), ajenos a todo concepto de ley, que saqueaban los hatos y rondaban libremente amparados en la soledad y extensión de la llanura» (258).

Más adelante menciona una «voracidad de los cuatreros y desjarretadores» (302), culminando la ideologización de lenguaje al mencionar las dos dificultades para el desplazamiento del ganado y que diezmaban los rebaños: «el ataque de las fieras y los cuatreros era poca la diferencia entre ambos» (304).

Crece mi perplejidad por este abuso del parecer patronal ya que está suficientemente documentado que los cuatreros lo eran sólo porque los propietarios los calificaban de tales, por el mero hecho de vivir al margen de *su ley* y de *su orden* y cazar, muy de vez en cuando, un becerro para un asado.

Determinada forma de tipificar al pueblo llanero degenera en mencionar reiteradamente sólo dos grupos antagónicos en las sabanas, propietarios y peones, así en 228 y en 322 como una de las conclusiones de la tesis. De ser ésto así se haría difícil comprender por qué la oligarquía se vio obligada a organizar un imponente aparato represivo que, bajo la excusa de liquidar vagos, malentretidos y cuatreros, intentó, sin éxito, eliminar a quienes la misma autora ha reconocido que se habían refugiado en el sur y tenían un «natural sentido de la libertad». Está también suficientemente documentado cómo el Llano fue, además, santuario para refractarios al excedentarismo que se estaba perpetrando en el norte y la sociedad que organizaron estos forajidos era intolerable mal ejemplo que los propietarios debían destruir si quería que funcionara la suya.

A otro nivel, quién sabe si el mismo, la autora acepta, sin más, falacias —en algún caso grotescas— de la Historia Oficial, realista o patriota. Y no me parece serio utilizar a Baralt como autoridad (298 y 299). Menciona reiteradamente la «abyección» del despotismo económico metropolitano no porque sobreexplotara a la gente sino porque suponía un «total estancamiento en el desarrollo de las fuerzas productivas» (290) e insiste más adelante olvidando tantos trabajos que han evidenciado el poco peso metropolitano y la sorprendente autonomía de la oligarquía criolla: dice que «a las colonias extranjeras se exportaban aquellos productos que no interesaban tanto a la metrópoli» (300) o que a los venezolanos «por el despotismo económico metropolitano les era imposible producir y por tanto consumir [sic] hasta que llegaron los galeones españoles» (315). Aunque, de inmediato y en la misma página, afirma «el contrabando se desarrollaba activamente operando entre los principales “camino móviles” o redes fluviales que la errada estrategia geopolítica española no sabía aprovechar» y dos páginas antes, 313, había reconocido, que el principal foco de contrabando eran los holandeses de Curazao «aprovechando la ausencia de una verdadera geopolítica por parte de la metrópoli española» y, de nuevo cambio de tercio, el contrabando era «una respuesta de los colonos a la asfixiante política comercial y de precios impuesta por la metrópoli» (317) ¹¹.

Además de este desconcierto —sobre la capacidad metropolitana de imponer o no el monopolio— la autora acepta, sin más, las estadísticas oficiales sobre exportación —en las que por supuesto no figuraban las extracciones ilícitas— llevándola a la hipótesis de que los cueros eran el principal componente en la comercialización exterior de excedentes pecuarios (278 o 295); cuando hay suficiente información en el AGN de Caracas, y ha sido publicada más de una vez, sobre la considerable trascendencia de la exportación de animales vivos a las Antillas, reses para la alimentación, mulas para acarreo o mover trapiches, caballos para silla ¹².

También a nivel de información estadística, a pesar de que la misma autora reconoce que había dueños de hatos «que desconocían el número exacto de sus rebaños» (268), lo que todo sea dicho de paso y entre paréntesis en el Llano ocurrió siempre y sigue ocurriendo, es una de las consecuencias de rodear orejano y/o de una ganadería dispersa sobre enormes territorios que imposibilita totalmente llevar una contabilidad, a pesar de esto, insisto, reproduce censos de su período con cifras redondas.

LA MEMORIA POPULAR

Frente al escamoteo y al camuflaje quedan las aportaciones de los creadores que, de una u otra manera, ideologizando más o menos su interpretación, han sido capaces de describir una sociedad, tan distinta de la occidental que, en la prácti-

11. La autora conoce la ahora ya abundante producción del profesor Ramón Aizpurua, a partir de su tesis doctoral. Véase también Manuel Nunes Dias, *El Real Consulado de Caracas (1793-1810)*, Caracas, 1971, ANH, *passim*.

12. Véase por ejemplo, del mismo Aizpurra, «Las mulas venezolanas y el Caribe oriental del siglo XVIII: Datos para una historia olvidada», en *Boletín Americanista*, 38 (1988), 5-15.

ca, sólo ellos pueden captar. En primer lugar podría citar fotógrafos que con sus cámaras han recogido y plasmado los aspectos más visibles. La lista sería considerable y la mayoría del material se conserva en archivos públicos (el de la Biblioteca Nacional de Caracas, pongo por caso) o particulares (tantos que es imposible relacionarlos, pero deben constar los de José Ayarzagüena, Alfredo Boulton, Mariano Herrera o Ricardo Montilla), algunos se han publicado y destacan como mínimo cinco¹³.

En segundo lugar citaríá los viajeros. En la mayoría de los casos (Humboldt, Rosti) mencionan el Llano más o menos tangencialmente. En otros, Sachs por ejemplo, lo que a nosotros nos interesa es anecdótico en relación al eje central de su obra, viaje científico para localizar e investigar los tembladores. También con cierta frecuencia una óptica occidental, de la que fueron incapaces de desprenderse, provoca pareceres chocantes; así Ramón Páez a pesar de que su padre fue quien escogieron los llaneros como representante durante la última etapa de las llamadas guerras de la independencia¹⁴.

Pero en cualquier caso aportan suficiente información; en última instancia basta con invertir las expresiones y leerlas al revés. El mismo ejercicio profiláctico que debemos hacer con los materiales archivísticos —y no exclusivamente cuando buscamos material sobre los llaneros— elaborados por los propietarios o sus apóstoles; y basta también con traducir los calificativos, falsas acusaciones o mentiras que se endilgan a los habitantes de las sabanas.

En tercer lugar quedaría la impresionante producción propia, la literatura oral llanera, aunque, por supuesto, los resultados de nuestras pesquisas son siempre limitados. Como todas las sociedades autosuficientes —dado el tiempo que invertían en el ocio— la llanera produjo cantidades ingentes de cuentos, leyendas, poemas, canciones, acertijos o refranes, de los que sólo han llegado hasta nosotros, por distintos caminos, un porcentaje mínimo, pero suficiente para encontrar más pistas sobre su moral o sus creencias. Tuve la fortuna de conocer al mencionado Sánchez Olivo y puedo citar un par de sus obras, pero, como me ha ocurrido con el resto de las gentes del Llano el enriquecimiento personal —fabulosamente gratificante— que me supuso el trato directo, de viva voz y de cuerpo presente, no hay forma humana de ponerlo en una nota¹⁵.

En cuarto lugar mencionaríá los novelistas. *Doña Bárbara* ha hecho mucho más, para divulgar el ámbito llanero, de lo que hemos hecho nunca los investigadores, a pesar de que con su peculiar carga ideológica, y supuestamente pedagógica, Rómulo Gallegos diera una versión distorsionada. Pero tengo para mí que

13. Armas Alfonzo, A., *Hierra*, Caracas, 1980; Ermitano, Ch. Belpaire, *El Llano*, Caracas, 1986, Fundación Polar; Borja Cardelús, *La marisma y el Llano*, Barcelona, 1989, Lunweg; R. Montilla, *El Llano*, Caracas, 1977, S. V. de Ciencias Naturales; y G. Sioen y V. Vareschi, *Venezuela. Los Llanos*, Caracas, 1982, Distrib. Santiago.

14. R. Páez, *Escenas rústicas en Sur América o la vida en los Llanos de Venezuela*, Caracas, 1980, Centauro; K. Sachs, *De los llanos: descripción de un viaje de ciencias naturales a Venezuela*, Caracas, 1955, Edime.

15. De una producción muy copiosa podría mencionar, pongo por caso, A. Arvelo Torrealba, *Obra poética*, Caracas, 1967, UCV; C. González Bona, *Trescientas cantatas llanera*, Barinas, 1974, Asamblea Legislativa. De Sánchez Olivo existe una antología poética y otra de artículos, *Por el rumbo del recuerdo*, San Fernando de Apure, 1978, Impresora Ayaucchu y *Crónicas de Apure*, Caracas, 1988, ANH.

el gran novelista del Llano es el cirujano barinés José León Tapia. A través de sus recreaciones consigue transmitir al lector el ambiente y el mundo mágico que él conoce tan bien por diversas razones, porque es llanero, porque su padre, un ser excepcional, fue uno de los últimos cimarrones, porque ha recreado en su hato un mundo fuera de nuestro tiempo y nuestro espacio ¹⁶.

Y, en quinto lugar, quiero extenderme sobre una obra extraordinaria en todos los sentidos de la palabra.

Antonio José Torrealba Osto (Cunaviche, 17-01-1983 - 14-07-1949), nieto de otomaca pura, quedó huérfano de madre a los seis meses y fue alimentado con leche de yegua. Utilizaba, indistintamente el castellano, el yaruro y el otomaco y era capaz de entenderse no sólo con los caballos, sino también con perros y aves. Tenía una información literaria y general (astronomía, mitología clásica, filosofía) impresionante. También componía música y era excelente bailarín a pesar de su considerable cojera.

Propietario de un hato, que le robó en 1922, el general Vicencio Pérez Soto, presidente del estado Apure, devino peón y más tarde caporal.

Era sabido que como baquiano, acompañó en 1927 a Rómulo Gallegos por el hato La Candelaria y como informante le suministró datos para escribir *Doña Bárbara* y *Cantaclaro*; y que venía a ser el Antonio Sandoval de la primera.

Pero ya no era tan del conocimiento público que había dictado unas memorias, una antología poética y una novela. En la Navidad de 1949 cuando el profesor Anger Rosemblat buscaba algún indígena otomaco supo de Torrealba, fallecido unos meses antes, y recibió del sobrino sus papeles, que anduvieron perdidos más de treinta años por el Instituto de Filología Andrés Bello. Recientemente fueron rescatados y editados por el profesor Colmenares, de la misma dependencia de la UCV (Universidad Central de Venezuela).

Es esperpéntico el aplastante silencio caído sobre Torrealba y el ostracismo al que ha sido condenado el editor; tiene que ver con el modelo de Historia Oficial imperante en Venezuela que ha sacralizado no sólo a los libertadores de principios del XIX sino también a personajes del XX como Rómulo Gallegos, no por novelistas, sino por ser uno de los fundadores del partido Acción Democrática. Así están permitidos ditirambos, panegíricos o aleluyas, pero su vida y su obra son intocables y sagrados.

Torrealba fue un impactante conocedor, recopilador y transmisor de la cultura llanera (como los hay en todas las culturas orales), provisto de una portentosa memoria; pero, atípicamente, intentó comunicar su saber, por escrito, a gentes de otras culturas. Posiblemente dos razones, entre otras, le movieron: afán de notoriedad, deslumbrado por el éxito de *Doña Bárbara* y una cuestión moral: como señala Colmenares al final de la introducción al *Diario*, Torrealba quería «expresar el descontento del hombre con su realidad y [...] clamar por un modelo humano, el llanero auténtico, que ahora sólo existe como un recuerdo» y remacha, «Personalmente, tengo la convicción de que Torrealba intuía que todo

16. Entre sus novelas destacaría, todas ellas publicadas en Caracas por Centauro, *La heredad*, 1985; *La música de las charnelas*, 1980; *El tigre de Guaitó*, 1979; *Por aquí pasó Zamora*, 1979; *Maisanta: el último hombre a caballo*, 1976.

escritor genuino es, por naturaleza, un descontento y, por lo tanto, a pesar de su arte rudo y primitivo, *sabía* por qué y para qué se escribe. El y sus escritos son la voz y conciencia de un pueblo que aún *sufre y espera*»¹⁷. Este llamado de alerta por una cultura que, premonitoriamente, veía en vías de extinción es reiterativo a lo largo de la obra (así, 2, 530 o 4, 192 y 323).

Hacia finales del tomo cuarto, cuando Agamenón, o Torrealba senior, cansado de vivir se despide de su hijo, hace algo así como una testamentaría. «Hijo, no olvides que a nuestro llano le han pasado los siglos y los años y siempre ha pasado desapercibido del mundo; nadie ha escrito una página para referir y escribir sus bellezas. Todo pasa como si nuestros oficios fueran las costumbres más absurdas, como si al decir un llanero fuera una evocación a Plutón, dios de los infiernos, nadie lo aprecia sino nosotros nada más, porque nacimos en él y en él vivimos; pero los demás nos consideran como seres aborrecibles, nos desprecian diciéndonos: “¿Quién es fulano?, un llanero, un ser irracional, un ser embrutecido como los animales con quien anda todos los días”, sin tomar en cuenta que en un hombre llanero es donde está depositada la lealtad, la pureza del hombre, buen amigo, el hombre sincero que muere al lado de su amigo como es nuestra ley. Nuestras costumbres pasan desapercibidas, toda la belleza del llano queda sin conocerla nadie. [...] Tú te encargarás de eso, de no dejar perder del todo lo que nosotros fuimos y lo que ya no volveremos a serlo más ni que quisiéramos serlo, los tiempos han cambiado y ya no volverán más a ser lo que fueron» (4, 381-382).

1. Una enciclopedia del Llano

El *Diario* es obra sumamente compleja. Colmenares la tiene por intimista, un «relato autobiográfico de ficción [...] por las relaciones de semejanza, más que de identidad [...] a través de un mismo personaje, el escritor plasma sus experiencias y algunos de los hechos e informaciones procedentes de su mundo geográfico y cultural». Y a continuación enfatiza, «Pero, además, el *Diario de un llanero* es expresión de una configuración narrativa episódica contaminada, en cierta forma, de épica, de crónica, de leyenda, de historia regional y hasta del sentido de una estructura novelesca abierta, en proceso» (1, XLVI).

En efecto, pienso que entremezcladas dentro del *Diario* hay en primer lugar una obra de creación, una apasionante novela de aventuras y amor, en segundo lugar una enciclopedia del Llano, conteniendo «estrictamente de todo», como se anuncia la Radio Cultural de Caracas, en tercer lugar se intenta una tarea didáctica y en cuarto es una propuesta moralista. Y los cuatro componentes se entrecruzan constantemente.

En la novela, más o menos autobiográfica, no existe diferenciación entre realidad y ficción, el autor puede inventarse lo que quiera, incluso lo más increíble,

17. Antonio José Torrealba, *Diario de un llanero*, edición y estudio por Edgar Colmenares del Valle, Caracas, 1987, UCV y Gobernación del Estado Apure, 6 volúmenes. La cita en 1, XLVII-XLVIII. Véase la excelente y apretada reseña de José León Tapia «El cunavichero» en *El Nacional*, Papel Literario, 6-11-1988, 5.

así la narración sobre Carupa la guayanesa (final del tercer volumen y principios del cuarto) o la de su actuación como veterinario en el Guárico, en los últimos cuadernos, cuando Torrealba y su compañero recurren a todo tipo de maravillas, volverse invisibles, adivinar con certeza, vencer cualquier enemigo, herir a distancia. Así, son tan fabulosos los cuentos que, como tales, narran el protagonista o los demás, como las aventuras supuestamente reales.

Contrariamente, en la enciclopedia, Torrealba es también de una impresionante fidelidad, no dejando en ningún momento que lo quimérico impregne sus descripciones. En la tercera y cuarta parte Torrealba es militante.

Por añadidura la autobiografía de Torrealba va precedida de la biografía de su padre, homónimo, pero citado reiteradamente por el seudónimo Agamenón, que también lo era del hijo. Además, unas veces narra el autor y otras se recurre a la tercera persona o al impersonal y, la primera circunstancia, dos Torrealbas, no se aclara sino al final de la obra, la página 260 del quinto volumen, lo que incrementa el desbarajuste, que ahora se tendría por una prueba de modernidad literaria.

Regresando a la novela, a la fantasía desbocada añadiría la total ausencia de modestia. El personaje, en especial el padre, pero también el hijo, mediante un ejercicio de los que en España se llaman «mecachis qué guapo soy», es a la vez el sastrecillo valiente y don Juan Tenorio ya que arrojado, resuelto e increíble jinete, vence los peligros más inesperados y enamora, seduce y desvirga a todas las doncellas del Llano, incluida la amante del presidente Cipriano Castro que recorrieron las sabanas, y de ello alardea.

Por supuesto en el *Diario*, y a cada rato, hay información sobre la región, sus características físicas —las aguas y el relieve— y diría que están exhaustivamente mencionadas una flora y una fauna exuberantes y complejas. Es de esperar que Colmenares nos brinde pronto un índice temático.

Pero lo más trascendente del *Diario*, desde mi óptica por supuesto, es la información, abrumadora, sobre las gentes del Llano y su cultura (tan rica y tan desconocida). Sobre el léxico o sobre la valoración del tiempo, nunca andan apurados y pueden invertir horas y horas en intentar la salvación de una bestia atarrillada después del rodeo (1, 295 y ss.); sobre el poder, el gobierno enemigo y asesino (4, 179 y 183, por ejemplo), o sobre sus peculiares conocimientos, adivinar incluso el color del caballo mirando el rastro, o domesticar cualquier clase de animal (5, 359-360); sobre una dietética y una alimentación intrincadas y muy variadas, tanto como los infinitos recursos de las sabanas, o sobre medicina y veterinaria, naturales por supuesto, para neutralizar el daño de caribes y cascabeles.

En una cultura como la llanera —y como cualquiera autosuficiente— el ocio o diversiones ocupan una cantidad impresionante de tiempo, ya lo he mencionado, y osaría decir era uno de los pocos ejes alrededor del cual giraba su vida. El *Diario* está repleto de descripciones de fiestas, parrandas, bailes o concursos de destreza, celebradas por sopotocientos motivos, o sin ninguno; y ya tengo dicho se consideraba un juego el enfrentamiento con caimanes o tigres, no por necesidad alguna, sino por mera diversión, como alarde o para distraer a forasteros.

Muchos de sus juegos y/o actividades el llanero los realiza a caballo, animal con el que llega a una sorprendente, para nosotros, vinculación. Torrealba al describir los suyos, los menciona como compañeros o amigos, se comunica con ellos, responden a sus más pequeñas insinuaciones o, incluso, pueden actuar autónomamente dotados de alguna forma de inteligencia. Las referencias a lo largo del

Diario son constantes, llama la atención el sentimiento por sus pérdidas, y parece que los Torrealba a este nivel fueron también excepcionales¹⁸.

También son muchas las referencias al complejo mundo de los intercambios. En una sociedad centrada en el ocio, cada uno de sus miembros hace ofrenda a todos los demás de sus habilidades lúdicas; el cantante, el narrador o el jinete están constantemente actuando porque les divierte y porque divierte a los demás. Y en una sociedad no excedentaria como la llanera, en un medio donde hay muchos más recursos que gentes, cada individuo conseguía más caballos, caza, frutas o pieles de tigre de las que podía necesitar, lo que conllevaba a que constantemente estuvieran ofreciéndolos a los demás y, por supuesto, recibidos¹⁹. Pargo por caso, Torrealba hijo colaboró con sus compañeros, en una ocasión, en el arreo de un ganado; cuando el beneficiado les pregunta cuánto debía, le respondió: «Siento bastante el que usted me haga esa pregunta; toda vez que yo le pedí permiso a mi padre no fue para venir a ganar dinero [...]. Cuando un llanero de esas pampas ofrece su amistad es porque le sale ser amigo, no es interesándose en el dinero, con él se paga el sacrificio y termina la amistad; le repito, don Emilio, que no hemos venido a ganar dinero» (4, 366).

Como en cualquier cultura existían mecanismos de transmisión y como en todas las sociedades autosuficientes se realizaba sólo a través del aprendizaje, pues no habiendo represión sobraba la escuela para amaestrar a los pequeños. También a este nivel las referencias son muchas, tanto del aprendizaje directo —los mayores instruyendo a los jóvenes— como del indirecto, a través de consejos o cuentos. En este segundo caso se transmitía el complejo mundo de códigos, para entenderlos, lo llamaremos moral y, no es necesario jurarlo, bien poco relacionado con lo que los occidentales tenemos la osadía de llamar con la misma palabra, pues, a mi juicio, debería escribirse precedida de la partícula in.

Al margen de algún ejemplo, que mencionaré de inmediato, el *Diario* pone reiteradamente en evidencia la coherencia de estos códigos, todo tiene explicación y lógica, y la gente se comporta de acuerdo con los mismos, no existe un divorcio entre normativa y actuación.

«Entre nosotros los llaneros —afirma Agamenón— ninguno es mejor que otro, todos somos iguales, quiero decir, en el hombre, en el yo personal, lo que entre nosotros hay son personas más adineradas y visten mejor, así en su persona como en el lujo de su caballo, pero en lo demás somos iguales, nadie puede hacer menosprecio de otro por su pobreza» (3, 394).

«... soy un desgraciado [decía un expropietario arruinado por su hijo], un maldecido de Dios y los hombres, y todo por un orgullo insaciable, una avaricia

18. «Para el llanero [el caballo] es su mejor compañero, su mejor amigo, con quien comparte penas y alegrías; por todas las circunstancias a su alrededor se le hace inestimable y necesario; dialoga con él, lo acaricia, lo considera y lo cuida con esmero ardiente, no tan sólo por la utilidad reportada, más con la deferencia y el interés de algo muy querido porque brota de íntimo y no explicados sentimientos del alma; jamás acomete una empresa, no importa calidad, magnitud, sin contar con su caballo, asociándolo a todo, a todas sus determinaciones; en la oportunidad se le mire orgulloso, juguetón, encantado de la vida montado en su soberbio corcel, bien bañado, lustroso y luciendo aperos vistosos, herrajes brillantes de plata y níquel, con su zamba afincada en un estribo acariciándole la suave faz de la amada campesina al fulgor de las estrellas» (5, 353-354).

19. Sobre los intercambios intangibles u ofrendas, véase Lewis Hyde, *The gift. Imagination and the erotic life of property*, New York, 1979, Vintage Books, 327.

desmedida, un egoísmo bien plantado en mí, que me parecía que mejor que yo no había nadie y que mis hijos superaban a todos los hombres llaneros» (5, 150).

La sociedad llanera —como me malicio una vez más, todas las autosuficientes— al no tolerar excedentes no generaba opresiones internas y no había explotadores ni explotados. Por ello, el carácter igualitario de la sociedad afectaba a ambos sexos, no se daba el machismo, lo que puede parecer contradictorio leyendo el *Diario*, pues los Torrealba eran enamoradizos en grado superlativo, en especial el padre, pero en cada caso tratan a las mujeres como a iguales. Indudablemente es cuestión discutible y a debatir pero pensaría que si el *Diario* lo hubiera escrito una mujer habría narrado situaciones muy parecidas.

Circunstancia distinta es que la sociedad llanera, cimarrona, alimentada esencialmente con forajidos de una peculiar sociedad excedentaria del norte, fuera una sociedad de distribución por géneros atípica, pocas hembras y muchísimos varones, lo que debió tener consecuencias determinantes y habría producido una sociedad masculina que no machista. En el *Diario* se mencionan suficientes hembras de a caballo, tan hábiles como los varones, para que no puedan pasar por excepciones. Nuestra imagen de la sociedad llanera, si la describo yo pongo por caso, procede más de la óptica de blancos del exterior que de los mismos llaneros. Cuando Torrealba hablaba de la Asociación del Mutuo Socorro, se le preguntó si también las mujeres podían presidirla, a lo que respondió tajantemente, «Ahí ninguno es más que otro» (6, 298).

Es asimismo considerable la cantidad de información sobre estructura y relaciones sociales, ámbito muy distinto a como funciona, y es un decir, la sociedad occidental. Constantemente queda claro el respeto de los llaneros por los aborígenes puros, de la misma manera que respetaban al resto de los humanos y se constata, a muchos niveles, notable admiración por aquéllos debido posiblemente a que algunas de las peculiaridades más admiradas por los llaneros se daba en los indígenas en grado superlativo.

El llanero no es violento, sino todo lo contrario, a pesar de las falacias de la Historia Oficial, en especial para ciertos períodos; Agamenón, increpando a un llanero por arrojar al río caimanes heridos para que los destrozaran los caribes o pirañas, le decía, «tú no estás matando los caimanes, lo que estás haciendo es poniendo a sufrir un animal y a gozar otros, y gozarse en la agonía de un animal es encallecer el corazón, porque desaparece toda la parte sensible del ser humano hasta quedar convertido en un ogro, y si es mujer, en ogresa» (3, 240).

Son también montón las referencias sobre la compensación de servicios, sobre las relaciones afectivas y sexuales y sobre lazos de unión, compadrazgo, amistad y solidaridad; los llaneros menosprecian los mayores riesgos para socorrer a quien sea, más si es amigo. A cada rato, cuando alguien da las gracias por haberse salvado de una muerte cierta, con riesgo de la propia vida, la respuesta es invariablemente, «usted hubiera hecho otro tanto por mí, yo en su lugar» (3, 134, pongo por caso). Se menciona más de una vez la existencia de sociedades entre los llaneros, así la de Mutuo Socorro a la que pertenecían ambos Torrealba mencionada reiteradamente a lo largo del *Diario* (6, 294 y ss. por ejemplo). Como era de suponer hay sopotocientas referencias a la hermandad y al compadrazgo, no sólo de bautismo sino también de «voluntad».

A nivel muy diferente, en el *Diario* están documentados los pastos en los ejidos, donde los no propietarios de tierra podían tener sus animales y así no ser acusados de cuatreros; peculiaridad que ya era conocido por fuentes literarias; Tapia sin ir más lejos, los ha mencionado repetidamente hablando de su padre.

Pueden verse referencias en 4, 323, 6, 136 y 271 denunciando la liquidación de los últimos ejidos.

La sociedad llanera, como cualquiera, tenía creencias, ritos y ceremonias. También como en las demás era el resultado de un largo sincretismo, en este caso, de elementos aborígenes, africanos y cristianos; pero no configuraban una religión propiamente dicha —paquete de medidas represivas para colaborar al mantenimiento de una situación injusta— eran un conjunto de pautas para entenderse entre ellos y, especialmente, para integrarse en su entorno, físico o metafísico. Se habla de dios con una tranquilidad, una familiaridad y un desenfado curioso (4, 178), se menosprecia a la corte celestial, a los clérigos, jerarquías o no, y no creían lo que les parecía injusto o absurdo desde su óptica. Léase la gratificante valoración de la muerte de las doce mil vírgenes en 4, 298.

En el Llano apureño ocurrió, de abril a junio de 1926, un extraño fenómeno atmosférico llamado popularmente la «jumacera», una espesa nubosidad que impidió la llegada del sol a la sabana. Torrealba aprovecha la descripción para mencionar y criticar lo que a él le parecían supercherías y supersticiones, así la de quienes aseguraban que volverían a la tierra los profetas Elías o Enoc (5, 191-208).

Dado el cariz del *Diario*, las peculiaridades de los Torrealba y el ámbito descrito, un elevado porcentaje del total de los seis volúmenes están ocupados por lo que deberíamos llamar literatura: refranes, poesías, canciones, acertijos, trabalenguas, cuentos, consejas o leyendas. No siempre queda claro —a pesar del notable esfuerzo realizado por el profesor Colmenares— qué procedía de los autores y qué no. Y, lo repito, buena parte de esta producción estaba destinada, a la vez que a distraer, a transmitir moral, creencias o costumbres.

Esta producción literaria va desde poesía muy cortesana (posiblemente ibérica de los siglos XVI y XVII o anterior) hasta creaciones muy naïfs de una fantasía desbordada; y algunas de las poesías, cuentos o leyendas también se han documentado en otras regiones americanas; así el joropo «Bodas de negro» (5, 256-258) es casi igual a una canción popular, supuestamente chilena, inmortalizada por Violeta Parra.

Por último, como era de esperar, el *Diario* contiene cantidad de referencias al pasado. La cronológicamente más antigua quizás sea una parrafada sobre las enfermedades llevadas a América por los europeos, que concluye hablando de los lentes «y muchos instrumentos de destrucción para la vida humana que ha traído lo que llaman civilización» (3, 65). Por algunas alusiones, muy pocas, diría que Torrealba transmitía el parecer llanero sobre la llamada guerra de la independencia que no concuerda precisamente con la Historia Oficial. En un altercado entre vaqueros y caraqueños un policía acabó deteniendo a éstos que habrían exclamado, «lo que pasa es que usted apoya los indios campesinos y nos tira a las llamas, a nosotros que somos gentes de porvenir, por darles la razón a estos plebeyos llaneros» a lo que les habría respondido, «¡Cállense insolentes! que ustedes hablan por el ombligo, sin saber lo que dicen. ¿Quiénes fueron los que independizaron el continente sudamericano? ¿No fueron los llaneros? Los pataquines [señoritos] lo que hicieron fue dar lástima, y hasta el presente no han servido para nada» (3, 55).

Y en su viaje a Maracay, Torrealba deseaba visitar el Panteón de Caracas, «Me interesa sobremanera conocer esa famosa tumba donde reposan las cenizas de esos grandes hombres que nacieron primero que nosotros y nos arrebataron esa gloria a nosotros los llaneros» (5, 347).

Pero por descontado hay mucha más información sobre su época, y en espe-

cial sobre las atrocidades cometidas por Gómez en un intento, fracasado, de imponer su orden en el Llano; así como de la corrupción de sus secuaces; véase, pongo por caso, 4, 184, 322, 323 y 428 y 6, 296-297; en cuanto a las matanzas indiscriminadas de llaneros y la violencia con sus familiares, en especial las hembras, durante el concreto gobierno, en Apure, de Vicencio Pérez Soto de 1915 a 1921 y de sus esbirros Manotano y Angel M.^a Nieves pueden consultarse 4, 439 y ss. y 5, 40-52.

También recoge información de una visita que hizo a la tristemente famosa Rotunda, una de las cárceles de Caracas (5, 343-346), así como de algunos de los más destacados dirigentes llaneros de la época, Marcial Azuaje, Alfredo Franco o Arévalo Cedeño, 6, 175-184 pongo por caso.

* * *

Quienes le conocieron —o han estudiado su obra— coinciden en tener a Torrealba por un llanero excepcional. Provisto de las peculiaridades culturales de las gentes de las sabanas, alcanzó en muchas de ellas el grado superlativo, en conocimientos y experiencias, aptitud con los animales o creación; es autor también de una novela, dictada en 1947, que se adelantó literariamente a lo que años más tarde harían consagrados escritores latinoamericanos²⁰.

20. *Historia de Azabache o sea la historia de un caballo contada por él mismo junto con la de sus compañeros de trabajo*. Edición, estudio preliminar y vocabulario por Edgar Colmenares del Valle, Caracas, 1985, UCV y Gobernación del Estado Apure, 101.